

CAPÍTULO XIII.

EL IMPERIO DE 1807 á 1810. — BLOQUEO CONTINENTAL. —
GUERRA DE ESPAÑA. — TRATADO DE VIENA.

Durante estos tres años, el imperio va extendiéndose más y más cada día; pero al hacerlo así, se debilita. El éxito desvanece á Napoleón y es de observar que al lado de cada una de sus más brillantes victorias, se encuentra alguna falta enorme, que ha de contribuir á su ruina. — Después de Jena decreta el bloqueo continental, que lo lleva á hacer la guerra á Portugal y á España, y á crearse dificultades de que le será imposible salir. En su nueva campaña contra Austria, al hallarse en Schœnbrunn, ordena el arresto del papa, la supresión de su poder temporal, y logra de ese modo ponerse en contra á todos los católicos del imperio. Después de su victoria de Wagram, dicta el tratado de Viena, y forma el propósito de repudiar á la emperatriz Josefina, para casarse con una princesa austriaca. Esta era una nueva falta. Tiene un hijo, y le da el nombre de rey de Roma. Tal cosa colma la medida, y á partir de este instante, veremos empezar sus reveses.

§ I. — *Bloqueo continental; sus consecuencias políticas é industriales. — Derecho de los neutrales. — Guerra de España.*

Bloqueo continental. — Derecho de los neutrales. — Con arreglo al código marítimo, cuando dos naciones se hallan en guerra, las neutrales pueden continuar su comercio con ambos beligerantes, con tal de que no tomen partido por ninguna de ellas ni hagan contrabando de guerra. Su derecho no expira sino cuando un puerto se encuentra completamente bloqueado. Los ingleses no habían respetado estos principios; al contrario, visitaban todos los buques neutrales y confiscaban las mercancías destinadas al imperio francés. Pitt había muerto de pesar al tener noticia de la victoria de Austerlitz. Sus discípulos, Canning y Castlereagh, que ocupaban el poder, se mostraron más encarnizados aún que él contra Francia, y

el 16 de mayo de 1806 decretaron que todos los puertos franceses, desde Brest hasta Hamburgo, se hallaban en estado de bloqueo y que todo buque neutral que fuera con destino á un puerto francés era de buena presa.

Napoleón respondió á ese decreto con el de Berlín (21 nov. 1806) que proclamaba el *bloqueo continental*. Como su victoria de Trafalgar había dejado á Inglaterra dueña del mar, el emperador concibió el proyecto gigantesco de cerrar á dicha nación todos los puertos del continente, obligándola á acumular en su isla los productos de sus colonias sin poder venderlos.

Con tal fin, dictó el decreto siguiente, después de su victoria de Jena: « Considerando, decía, que Inglaterra no admite el derecho de gentes seguido universalmente por las naciones civilizadas... y que el de bloqueo debe quedar restringido á las plazas fuertes que se hallen atacadas por fuerzas suficientes... Las Islas Británicas son declaradas en estado de bloqueo y todo comercio ó correspondencia con ellas queda prohibido. Todo súbdito inglés hallado en los países que ocupan nuestras tropas ó las de nuestros aliados, será hecho prisionero de guerra; todo almacén, toda mercancía y toda propiedad que pertenezcan á un súbdito inglés son declaradas de legítima presa; se prohíbe el comercio de las mercancías inglesas, y todo artículo perteneciente á Inglaterra ó procedente de las posesiones inglesas, no podrá ser recibido en ningún puerto de Francia ó de sus aliados. »

« En esta nueva posición, añadía, tenemos por principio invariable de conducta no evacuar Berlín ni Varsovia, ni las provincias que la fuerza de las armas ha hecho caer en nuestras manos, antes de que se firme la paz general y que las colonias holandesas, españolas y francesas sean devueltas, consolidadas las bases del poder otomano, é irrevocablemente consagrada la independencia absoluta de este vasto imperio primer interés de nuestro pueblo. »

Era, pues, un duelo implacable entre las dos naciones, en el cual ambas mostraban gran violencia y exageración. El derecho de gentes era violado, y se ejercía tiránico abuso sobre los demás pueblos de Europa, obligándolos á declararse por uno ú otro de los campeones que acababan de entrar en liza.

Consecuencias industriales y políticas del bloqueo. — No era posible cortar las relaciones comerciales de Europa con una nación como Inglaterra, sin ocasionar grandes perjuicios y desastres. La Gran Bretaña sufrió pérdidas inmensas. Su deuda, que sólo era de 5 mil millones y medio al principio de su lucha contra la Revolución francesa, se elevó á la enorme suma de 28.

Francia padeció también mucho; pero la necesidad en que se vió su pueblo de prescindir de las mercancías inglesas, obligó á la industria á suplirlas. « Precisa, decía Napoleón, saber proveerse por sí mismo de lo que se iba á buscar en casa de los otros, hacer sus telas de Indias, su azúcar y su añil. » Pusiéronse, en efecto, á fabricar, y si bien el comercio sufrió durante algún tiempo, por lo menos la industria se desarrolló en proporciones considerables, lo cual constituía, en cierto modo una compensación.

Pero en el orden político el bloqueo continental fué un error enorme, que causó daño inmenso al imperio. Al decretarlo, Napoleón se convirtió en dictador de Europa, mostrando la pretensión de imponer su voluntad, no sólo en los mares que bañaban las costas de su vasto imperio, sino también en el Báltico y el Mediterráneo entero. Para que la medida tomada resultase eficaz, era preciso que entraran en su sistema Dinamarca, Suecia y Rusia al Norte, Turquía, España y Portugal al mediodía. Bastaba, en efecto, un punto abierto al comercio inglés para que éste penetrara en el continente é importase sus mercancías. El bloqueo imponía grandes sacrificios á los que lo aceptaban, y era preciso que el emperador encontrara

en cien millones de hombres bastante abnegación por su causa para hacerles olvidar sus propios personales intereses, ó bien era indispensable imponerles por la fuerza esa política y esto equivalía á la guerra á todo trance, en todas partes y sin cesar.

Bombardeo de Copenhague (1.º al 7 sept. 1807).

— Dinamarca poseía la llave del Báltico, y pretendía conservar su neutralidad, pues no tenía nada que esperar, antes bien todo lo podía temer de la Francia y la Inglaterra. Napoleón invitó á Cristián VII á declararse en su favor. « Es indispensable, dijo, que Dinamarca declare la guerra á los ingleses ó que yo se la declare. » Las escuadras británicas se le anticiparon, y el 3 de agosto se presentó en la rada de Elseneur, al norte de Copenhague, una escuadra de 16 navios de línea y 20 fragatas, la cual ordenó al rey de Dinamarca que se declarase ostensiblemente por la Gran Bretaña, y que entregase toda su marina en prenda de dicha resolución. Cristián se negó á ello con dignidad, á pesar de que no tenía en pie de guerra ni un cañón ni una batería. Los ingleses desembarcaron y empezaron el bombardeo de Copenhague por mar y tierra el 1.º de septiembre. Esa operación de guerra duró hasta el 7, día en que la ciudad capituló. Hubo calles enteras quemadas y más de 2.000 habitantes perecieron. El rey tuvo que huir al Holstein, donde murió unos cuantos meses más tarde.

Rusia mostró la mayor indignación ante un « acto de violencia de que no ofrecía ejemplo la historia. » Así fué que proclamó el principio de la neutralidad armada, declaró que rompía con la Gran Bretaña, y se dispuso á hacer ejecutar con todo rigor el decreto de Napoleón. El almirantazgo inglés, sobreexcitado por esta declaración, pretendió someter los buques de todas las potencias neutrales á un derecho de visita, y obligarlos á aprovisionarse en Inglaterra, pagándole un impuesto de 25 por 100 sobre su cargamento.

Con arreglo á ese decreto, todo el comercio europeo

debía ser tributario de Inglaterra, pues no debía quedar buque neutral ninguno que no comprase sus provisiones en dicho país, ó que no le pagara un derecho de circulación. Napoleón respondió á esta nueva arbitrariedad con el decreto de Milán (17 dic. 1807) que completaba el bloqueo continental, declarando que « todo buque que se hubiera sometido á la visita de los ingleses ó que les hubiese pagado contribución, sería considerado como desprovisto de nacionalidad, mirado como propiedad inglesa y, por tanto, buena presa.»

Conquista de Portugal (nov. 1807). — El bombardeo de Copenhague convirtió á los daneses en aliados de Francia. El rey de Suecia, Gustavo IV, cuyos intereses fueron sacrificados en Tilsitt, era por el contrario enemigo declarado de Napoleón. Habiendo recurrido á las armas, perdió la Finlandia y la Pomerania, y fué destronado al fin por una revolución palaciega (1808). Sucedióle Carlos XIII quien no teniendo hijos, adoptó como heredero al mariscal francés Bernadotte (1810).

Al sur de Europa, Napoleón halló menos dificultad para la ejecución de sus proyectos. Su deseo hubiera sido que Portugal cerrase sus puertos á los ingleses; pero tal medida era la ruina de dicho nación. Juan VI, regente en nombre de su madre D^a. María, que estaba loca, se negó á aceptar el bloqueo continental. Entonces Napoleón firmó con España en Fontainebleau un tratado secreto (27 oct.) según el cual debía Portugal ser dividido en tres partes: 1.^o el principado de los Algarves al sur, para ser entregado á Godoy, ministro del rey de España; 2.^o el reino de Lusitania, formado con el norte, y cuya capital fuera Oporto, para la reina de Etruria, hermana de Carlos IV, en compensación de sus Estados de Toscana, de que acababa de apoderarse Napoleón; y 3.^o Lisboa, con el valle del Tajo, que Napoleón se reservaba para disponer de ellos más adelante. El rey de España debía recibir las colonias con el título de emperador de América.

Como Juan VI continuase sus antiguas relaciones con Inglaterra, Napoleón declaró destronada á la casa de Braganza, y envió á Junot con un ejército de 27.000 hombres para apoderarse de Portugal. Esas tropas atravesaron á marchas forzadas el territorio español, en dirección de Lisboa, con la esperanza de apoderarse de la escuadra portuguesa y de reducir á prisión la familia real. Los soldados, quintos acabados de reclutar en su mayor parte, que no estaban formados ni disciplinados, sucumbieron en gran número por efecto del cansancio y las privaciones del camino. Pero el pánico era universal y Juan VI no intentó siquiera la más mínima resistencia. Cuando Junot llegó á Lisboa toda la familia real estaba con la escuadra haciendo vela para América. Los franceses ocuparon las plazas fuertes y quedaron dueños de todo el reino.

Asuntos de España. — El rey de España Carlos IV era un príncipe sin carácter, completamente sometido á Godoy, su ministro, príncipe de la Paz. Admirador de Napoleón, unió su política á la del emperador y le sacrificó sus recursos, sus tropas y sus bajeles. La escuadra española quedó, en efecto, destruída en Trafalgar á la vez que la francesa; y el gobierno de Madrid envió refuerzos á Napoleón en las últimas campañas alemanas. Esta conducta hizo impopulares á Carlos IV y su ministro, y en la nación se formó un partido poderoso en favor de Fernando, príncipe de Asturias, que pasaba por tener ideas y tendencias opuestas á las de su padre.

Después del paso de Junot á través de España, Napoleón continuó enviando tropas á este país, á las órdenes de Murat, y entonces Carlos IV se alarmó, sospechando que se trataba de hacer con él lo mismo que con el rey de Portugal. Así fué que se disponía á partir para Andalucía y á retirarse á Cádiz, desde donde intentaba embarcarse para América, si los acontecimientos tomaban giro demasiado adverso. El pueblo se sublevó en Aranjuez para impedir que la

corte se pudiese en marcha. Godoy fué preso y maltratado. Carlos IV abdicó en favor de su hijo, que los amotinados aclamaron con el nombre de Fernando VII (20 marzo 1808). Murat entró en Madrid la víspera del día en que llegó á su capital el nuevo rey. Aquel general se había hecho otorgar una declaración secreta de Carlos IV, en la cual este monarca decía « que su abdicación tuvo por único fin impedir grandes desgracias y la efusión de sangre de sus vasallos; y que por tanto, debía tenérsela por nula y sin valor. » Por otra parte, Napoleón le escribía: « Hasta que Fernando VII sea reconocido por mí, debéis proceder como si Carlos IV siguiera reinando. »

Entrevista de Bayona. José, rey de España.

— Napoleón quería despojar de sus tronos á los Borbones de España, según lo había hecho con los de Nápoles. Y como Carlos IV reclamaba su corona, que Fernando se negaba á devolver, Murat les aconsejó que tomasen al emperador como árbitro de esa cuestión. Napoleón los invitó á presentarse en Bayona. Carlos IV consintió sin dificultad, pues no tenía más apoyo que los franceses, y porque esperaba que el emperador recordaría cuanto había hecho en su favor; pero Fernando temía con razón una celada, y sus partidarios le aconsejaron que no acudiese á la entrevista. Sin embargo, á fuerza de recibir toda clase de seguridades, salió de Vitoria, atravesó la frontera francesa y llegó á Bayona (20 abril). Napoleón lo recibió como príncipe de Asturias y á Carlos como rey; reprochó á Fernando su conducta, y le ordenó que renunciara á la corona de España, sin lo cual lo trataría como autor ó cómplice de una conspiración encaminada á destronar un rey legítimo. Asustado el nuevo soberano, abdicó en favor de Carlos IV, y éste hizo entrega de todos sus derechos á Napoleón. Carlos IV recibió una lista civil de un millón y medio de pesos anuales, con las residencias de Chambord y de Compiègne, y Fernando VII fué llevado con sus her-

manos al castillo de Valençay. Murat había esperado ser rey de España; pero Napoleón hizo proclamar como soberano de su país y de las Indias á su hermano José (6 de junio), pasando Murat á Nápoles con el título de rey de Ambas Sicilias.

Napoleón había cometido al mismo tiempo un gran crimen y una gran falta, como lo reconoció mucho más tarde. « Mi principal error, decía en Santa Elena, consiste en haber dado importancia al destronamiento de los Borbones. Carlos IV estaba gastado, y hubiera podido contentarme con dar una constitución liberal á la nación española, encargando á Fernando de ponerla en práctica. Si ejecutaba de buena fe ese designio, España prosperaba y se ponía en armonía con nuestras costumbres modernas; si faltaba á sus compromisos, los españoles mismos se habrían encargado de derribarlo. Bien me lo aconsejaba el principal consejero de este príncipe, cuando me decía: « Vuestra Majestad quiere echarse encima un trabajo de Hércules cuando todo esto podría hacerlo un niño. La verdad es que llevé muy mal todo este asunto..... La guerra de España fué una verdadera plaga y la causa principal de mis desdichas. Ella es la que me ha perdido. »

Insurrección general de España. — Cuando se supo en España lo ocurrido en Bayona, toda la nación se sublevó al grito de *¡viva Fernando VII! ¡Mueran los franceses!* La rebelión estalló primeramente en Madrid, y todas las ciudades que no estaban ocupadas por los franceses se alzaron igualmente. Cartagena, Murcia, Valencia, Valladolid, el Ferrol, la Coruña, Zaragoza, Sevilla, Córdoba, Granada, Cádiz y Badajoz corrieron á las armas. Los habitantes de los campos imitaron á los de las ciudades, y el pueblo español se levantó como un solo hombre para rechazar al rey que el extranjero había querido imponerle. Ya no se trataba, como en Alemania, de luchar con un ejército que, una vez vencido, dejaba el país en poder de los vencedores; sino que se iba á tener que combatir á

tropas diseminadas por toda la Península, y que, deshechas en un punto, debían presentarse de nuevo casi inmediatamente en otro. Napoleón tenía en contra suya una nación entera exasperada por su despotismo, y que se declaraba dispuesta á morir antes que á soportar su ley.

Capitulación de Bailén (21 julio). — En los primeros combates, la ventaja fué para los franceses. José se instaló en Madrid y los diferentes cuerpos de ejército recibieron orden de diseminarse por las provincias para sofocar el movimiento. El general Dupont debía dirigirse sobre Cádiz para proteger los navíos franceses que se hallaban en el puerto. Ya había atravesado los desfiladeros de Sierra Morena, y vencido á los patriotas en Córdoba, (7 julio) cuando supo que los españoles se habían apoderado de la escuadra. Entonces consideró prudente batir en retirada, por saber que toda España se había alzado á su paso, y que al mismo tiempo amenazaban sus flancos los ejércitos de Sevilla y de Granada, mandados por Castaños y su lugarteniente Reding. Este último se estableció en Bailén, provincia de Jaén, al pie de Sierra Morena, y cerró el paso á Dupont. El general francés tenía á sus órdenes sólo 11.000 hombres, contra 48.000 españoles, que á la ventaja del número reunían la de la posición. Quiso forzar el paso y realizó prodigios de valor, y hacía diez horas que combatía cuando llegó Castaños en ayuda de su lugarteniente. Dos mil suizos abandonaron las filas francesas, pasándose á los españoles, y Dupont se vió obligado á firmar la capitulación de Bailén. No sólo se rindió en persona con todas sus tropas, sino que obligó á su lugarteniente Vedel, que se retiraba en dirección de Madrid, á volver sobre sus pasos y á rendirse también. De ese modo capitularon 20.000 franceses, cosa no vista hasta entonces en los anales de las guerras de la república y del imperio. El efecto moral de esta derrota fué inmenso. Los españoles se estremecieron de estusiasmo; en Viena y en

Berlín, de esperanza. Los franceses no eran ya invencibles, pues les acababa de suceder lo que á los austriacos en Ulm y á los prusianos en Prenzlau.

La capitulación de Bailén no tardó en ser seguida por otra. Una escuadra inglesa había desembarcado en Portugal un ejército á las órdenes de Arturo Wellesley, más adelante duque de Wellington. Este general venció á Delaborde en Roliza y rechazó á Junot, que acudía en auxilio de su lugarteniente. Junot se retiró á Cintra, y viéndose allí sin recursos en medio de una población hostil, y cercado además por un ejército victorioso, capituló también en 30 de agosto; obtuvo sin embargo que sus soldados no serian hechos prisioneros y que los transportarían con armas y bagajes á los puertos franceses de Lorient y de Rochefort.

Entrevista de Erfurt (27 sept. 1808). — Después de estas dos capitulaciones, los asuntos de los franceses en España se hallaban en una situación muy crítica. José se había visto obligado á dejar Madrid, Verdier tenía que levantar el sitio de Zaragoza, y todo el ejército se concentró en el vallé del Ebro. « Mi situación, escribía José al emperador, es única en la historia; no tengo ni un solo partidario. » La presencia de Napoleón con un gran ejército era indispensable al sur de los Pirineos; pero tal cosa no podía ejecutarla sin sacar de Alemania una parte de sus tropas, y antes de dirigirse hacia el sur con casi todas sus fuerzas, necesitaba quedar en paz con las naciones del Norte.

El 8 de septiembre firmó con Prusia un tratado en virtud del cual esta nación reconocía deber á Francia por contribuciones de guerra atrasadas 140 millones, y se comprometía á no tener sobre las armas durante 10 años más que 42.000 hombres. Bajo estas condiciones el emperador retiraba sus tropas, y no ocupaba sino las plazas de Glogau, Custrín y Stettin, hasta el pago completo de la deuda.

Quince días después (27 septiembre) el emperador celebraba con el czar Alejandro en Erfurt una entrevista,